

n. 8746
E. 13 - l. 323

[Quiruga Montufar
Gerardo]

El Ejército

y



la Política

B. Nal.
C. R.

[Gerardo Quiruga Montufar]

Editado por el General don Rafael Villegas



San José de Costa Rica
Tipografía Nacional
1906

2
b
b
z

01

1875

[Redacted]

W. H. BAKER
PRESIDENT
J. C. ...
VICE
...
...

2121



“Sin milicia nacional bien organizada no hay república posible.”

A. ZAMBRANA

“En el estado actual del mundo, la única nación que está preparada para la paz es la que sabe pelear; la que no rehuye el combate si alguna vez las circunstancias llegan á ser tales que la guerra sea necesaria en nombre de la justicia.”

TEODORO ROOSEVELT

(Mensaje de 5 de diciembre de 1905 al Congreso de Estados Unidos)





Pocas palabras al lector

Cuando conversando sobre asuntos militares con mi amigo Gerardo Zúñiga Montufar, tuve conocimiento de su conferencia leída en el Ateneo de Santiago de Chile, respecto de las INSTITUCIONES ARMADAS EN SUS RELACIONES CON LA POLÍTICA, tomé empeño en que me la diese para publicarla, porque comprendí que en ella se encerraba una lección oportuna y provechosa para nuestro pueblo, muy digno de que se le brinde con ese manjar esencialmente educador, en vez de otros malsanos que suele ofrecérsele con sobrada frecuencia. A su bondad y a mi empeño se debe, pues, este folleto que presento hoy al público.

Pero no he de dejarlo ir así no más, sin corroborar con algunas frases de mi cosecha las doctrinas sustentadas por el joven y experto militar, aun á riesgo de que se escandalicen los que han jurado guerra á la guerra, y miran al ejército como una institución extraña y nociva, incrustada violentamente en el organismo social y político.

He dicho recientemente por la prensa, cuánto detesto las revoluciones armadas, y cómo las considero el peor de los males que pueden sobrevenir á una nación; pero no he dicho todavía el concepto que tengo de la guerra, y cómo el ruido de los cañones, cuando es el clamor de las iras de la Patria ofendida, levanta los espíritus degenerados é infunde en los hombres una nueva y más robusta vida. A eso voy, con perdón de los caracteres que permanecen

muy satisfechos en la molicie de una existencia afeminada y tranquila.

La guerra es una condición sociológica de la humana estirpe. Más fácil es que pueda llegar un día en que abroguemos el Código Civil, porque no habrá ya pleitos entre individuos ligados por el cambio mutuo de intereses, que ver desaparecer la guerra entre las naciones, que son más quisquillosas que aquéllos, y siendo, como es, un fenómeno natural que el esfuerzo de cada una de ellas por desenvolverse y crecer, estorba casi siempre al desenvolvimiento y desarrollo de las otras. Así se explica por qué desde el momento en que empezaron á juntarse los hombres en tribus y á formar distintos grupos sociales, empezó la guerra entre ellos, y ha seguido su campaña no interrumpida á través de las edades, sin dejar de presentarse un solo día á la mirada indiferente del sol.

Movido por mis sentimientos humanitarios, yo, que entré en la carrera militar desde niño, aplaudo los esfuerzos hechos por los filántropos para humanizar la guerra, y más aún los que hacen algunos visionarios angelicales porque ella desaparezca de la superficie ensangrentada de nuestro globo; mas si de aquéello ha podido conseguirse algo, de esto no se conseguirá nada, porque la guerra seguirá siendo el sino fatal de los pueblos; y cuando la humanidad se aperciba de que las trompetas guerreras han dejado de tocar llamada ó carga, es que va á resonar en breve la trompeta apocalíptica, porque el sol ha perdido su brillo y su fuego, y la tierra ha entrado en helada y mortal agonía.

Digan lo que quieran los enemigos de la institución militar: el ejército es necesario mientras haya pueblos diversos y fronteras que dividan esos pueblos; y desgraciado de aquel que no cuida de su ejército, porque será sorprendido el día que menos espere el ataque, y dejará en la demanda enterradas vida y honra.

Y oigan los partidarios de la paz á todo trance esta verdad, grande como un templo: la Nación en cuyo cielo político no se desata de vez en cuando la tempestad de una guerra, aunque no sea sino en lejanos períodos de la historia, para acelerar el ritmo del corazón enervado por largos años de tranquilidad imperturbable, está condenada á morir de anemia, porque á sus nervios relajados les hará

falta por fin la lucha, hierro que en el organismo individual y social entona y vigoriza los glóbulos rojos de la sangre.

Pero consuélenos de lo inevitable de este destino trágico, el recordar que no ha habido pueblo alguno que después de pasar por el horno purificador de la guerra, vencedor ó vencido, no se haya ostentado más viril y poderoso que antes: poderoso y viril por las sacudidas de la lucha que elevan el carácter, porque es la guerra para los pueblos atrofiados y enfermos de moicicie, lo que la poda al árbol revejido, lo que la sangría al organismo impuro. La revolución interna corrompe y deprime, aniquila como un vicio personal y solitario; la guerra eleva y dignifica, endurece el músculo popular con la ruda fatiga del pugilato.

Mas entiéndase bien: quiero al ejército tal como debe ser; quiero que los que sean armados por la República correspondan á su alta misión, como la concibe y pinta magistralmente mi amigo Gerardo Zúñiga Montúfar: una institución nacional para fines patrióticos y sociales, que sea en la paz norma de los ciudadanos y gala de la sociedad, y en la guerra, garantía del honor y gloria de la Patria.

Podrían atribuirse estas ideas más á la educación militar que predomina en mí, y no ser atendidas porque se considerasen como una aberración de espíritu prevenido; pero el Doctor Zambrana, de cuya clara inteligencia y alto civismo nadie puede dudar, está de acuerdo con las ideas expuestas en la conferencia que hoy publico, según se verá por los párrafos suyos que enseguida copio, de una conceptuosa carta dirigida al autor, sintiendo no publicar-la íntegra por haberse extraviado algunos pliegos de ella.

Y aquí pongo punto á este prólogo, para que los lectores pasen ya á la notable conferencia que en este folleto les ofrezco.

Rafael Villegas,

General de División

San José de Costa Rica, enero de 1906



Mi distinguido amigo:

He leído con interés y satisfacción su conferencia en el Ateneo de Santiago de Chile, acerca de lo que debe ser el ejército en estas nuestras democracias, en que tan mal papel ha solido desempeñar lo que como ejército se tiene. Sin milicia nacional bien organizada no hay República posible. ¿Por qué no hemos de constituir un Estado Mayor, del cual—y de la ley sobre todo—dependa el ejército; una alta comisión de Instrucción Pública, de la cual y de la ley, dependan los maestros y sus métodos; una Judicatura inamovible de la cual, y de la ley, dependan los indultos;—una ley de Servicio Administrativo que haga que en éste se entre por oposición, se ascienda por antigüedad y sólo se pierda el puesto en virtud de un expediente?

Nuestros Presidentes serán entonces, como lo son casi ahora los de los EE. UU., los representantes de la unidad nacional ante el extranjero, y ocuparán puesto muy bien retribuido y envidiable, pero no los amos del país: una república no debe tener amo.

La reforma de lo militar es lo que más se necesita.

Cuando un ascenso militar no dependa del buen humor de nadie, ni se pierda por razones semejantes, ni se gane tampoco un puesto público, tendremos democracia sincera con perfecta serenidad en Costa Rica.

Para allá va su trabajo: lo aplaudo con cariño.

Antonio Zambrana

Al señor don Gerardo Zúñiga Montúfar,

Capitán de la R. del Ejército de Chile





El ejército y la política



No vengo á hacer un discurso académico; no esperéis tal cosa de un soldado que se consagra á las asperezas de una profesión que mucho dista de ser literaria; y si esta tribuna es accesible á personas que se ocupan de problemas sociológicos, desprovistos de las galas que dan la elocuencia y la erudición, yo ruego á vuestra paciente tolerancia, alguna indulgencia, que en cambio os prometo ser breve.

La materia que de manera sucinta voy á tratar: "Las instituciones armadas en sus relaciones con la Política," es uno de los graves males que afligen á muchos pueblos de nuestro continente hispano, y la tesis, desarrollada después con más detenimiento por persona docta, no dudo que sería de valor y de interés incuestionables.

Las lecturas de la Historia despertaron en mi adolescencia, sincera simpatía y atracción hacia aquellos hombres que habían combatido por la libertad de nuestro continente, y que esgrimiendo la espada con valor, tras cruentas fatigas y privaciones, se mostraban también ante la América como hábiles esgrimidores de la palabra y

de la pluma. Esos hombres eran Washington, Bolívar, Francisco de Miranda, Antonio José de Sucre, José de San Martín, Bernardo de O'Higgins, prototipos de carácter, desinterés y cultura excelsa. Después, en nuestra historia centroamericana, había otro personaje que admiraba por sus grandes virtudes, por su ilustración y claro talento, por su ilimitado deseo de hacer geográfica y moralmente más grandes á aquellass eccionnes tan dignas por su situación en el planeta, de mejor suerte, que constituyen la América Central. Esa personalidad era Francisco Morazán, á quien los hombres de mi patria pagaron con la muerte, estampando así, talvez de manera inconsciente, indeleble borrón en el libro de nuestros hechos. Saltando á la historia del continente viejo, encontraba en la inmensa galería de sus hombres, á Bayardo, á quien ya sabéis que se le llamó "el caballero sin tacha y sin miedo," á Gonzalo de Córdoba, gentil y valeroso, á Desaix enamorado de su patria y de la gloria, nombrado el "sultán justo," á Nelson salvando á la madre de la libertad en Trafalgar. La vida de esos hombres y de tantos más, que llevaban en el cinto espada, y en el pecho harto valor y nobles ideales, me atraía, y soñaba con poder llevar más tarde, debidamente, las insignias de una profesión que tanto ha significado en la historia de la humanidad.

La vida militar es sin duda azarosa y poco pródiga en bienes materiales; sólo tiene por remuneración las recompensas morales que dan el lustre de la espada y el amor á la patria.

Y si son grandes los beneficios prestados por la espada, no menos grandes han sido también los males ocasionados cuando se la ha em-

pleado en combinaciones bastardas, ó cuando se la ha adulterado por las ambiciones de los hombres. La espada de Washington dió libertad á un gran pueblo, y la de Grant aseguró su porvenir y su grandeza. Las espadas de Tamerlán y de Atila sólo han dejado el recuerdo de la sangre vertida; pero la de Garibaldi consolidó la nación italiana, y la de Moltke salva la unidad germánica y le da timbre y magestad al nombre de Alemania.

Las instituciones militares y navales deben representar en la época la cultura y el civismo de los pueblos; así lo interpretan los príncipes y los monarcas de la Europa, que se ufanan con las vestiduras del guerrero. En Alemania y en Inglaterra el hombre de espada tiene primer lugar en la vida del gran mundo. Y no se diga que tal sucede porque aquellos pueblos abrazan la fe monárquica, pues en los Estados Unidos y en Chile sucede parecido, es decir, en las dos repúblicas de América donde la marina y el ejército representan cultura más elevada. Estudiemos aquellas secciones de América endonde la institución armada significa tan sólo una colectividad irregular, nacida de la intriga política y no de la escuela. Medítese en los ejemplos con que ha afrentado á la América una agrupación desnaturalizada, á la cual, lejos de absorber la preocupación de los hombres de Estado, la han denigrado y corrompido, con manifiesta complacencia, pero con detrimento propio y con vituperable falta de buen sentido y patriotismo. Con manifiesta complacencia digo, porque nadie podría objetarme que gran parte de los gobernantes de Hispano-América, han hecho de la milicia un instrumento mezquino de sus odios

y pasiones, y una recompensa para sus fetiches y paniaguados. El resultado no ha sido menos cómico que perjudicial, y así vemos en otras secciones, á multitud de aventureros que, usando impropriamente la espada, hablan de regenerar la suerte de la patria. Esos regeneradores son los que han hecho de Haití y Santo Domingo, pueblos desacreditados en el concierto de las naciones.

Me propongo investigar á quiénes corresponde la responsabilidad de tan punible adulteración de una colectividad, cuyo único deber es velar por los intereses más vitales del ciudadano, cuales son, el honor y el territorio nacional.

Predomina entre cierto elemento, la funesta idea de que para ceñir espada no es menester la ilustración ni la cultura; antes al contrario, dicen, el militar debe ostentar el aroma del tabaco y el perfume del aguardiente, y quien se oponga á este criterio, es un ente pusilánime y ridículo. Según esa interpretación, el militar sólo debe tener una virtud: la de ser valiente hasta la temeridad, ó la de ser incondicionalmente fiel. El valor es indispensable en el hombre que lleva espada, pero es necesario emplearlo de manera inteligente y oportuna. La fidelidad tiene su límite, porque es incompatible con el honor, trascender á ejecutar bajezas que menoscaban al individuo y á la institución que representa. ¡Cuántos crímenes nefandos se han cometido con el argumento de "*recibí orden superior!*" Siento inmensa satisfacción al encontrarme con un elemento militar, ante el cual me honro y de cuyas ideas y aspiraciones participa el que habla. El militar es un instrumento ciego de la obediencia y no debe deliberar, según la teoría aceptada por el vulgo. Es

necesario deslindar claramente esta teoría, cuya aplicación indefinida ha servido para llenar de vergüenza y de lubricio la historia de muchos pueblos. Un militar no debe deliberar en el cumplimiento de una disposición profesional, de una disposición militar; su deber es ir á la muerte, aunque bien comprenda que el sacrificio es inútil y que es víctima de una equivocación superior. Esto tiene su explicación razonable, porque el retardo ú oposición á una orden encomendada, puede ocasionar el contraste de quien dirige y manda, único responsable de los hechos. Pero es importante no confundir la obediencia con lo que se llama iniciativa militar. Napoleón combate por segunda vez en Italia; su lugarteniente Desaix recibe orden de dirigirse á Génova; puesto en camino con sus tropas, la clarividencia le indica que el primer Cónsul se halla comprometido en una seria batalla, regresa contraviniendo sus órdenes, para llegar en oportunísimo momento al campo de Marengo, que da á Napoleón la conquista de la Italia. Este triunfo fué fruto de la iniciativa, de la iniciativa de Desaix. En el campo de batalla, un oficial comanda un regimiento de caballería. Este oficial recibe, de súbito, una orden terminante para cargar sobre A. La orden implica el aniquilamiento de su caballería y el oficial queda atónito, sin darse cuenta en el momento, del objeto de tal disposición. Una duda, un retardo, pueden ser funestos á los planes de quien manda, y el jefe del regimiento carga al galope, para entregarse con valor en brazos de la muerte. Así entiendo la obediencia militar.

Imaginemos ahora uno de esos casos múltiples, que la historia de Hispano-América y de



monarquías autocráticas, nos ofrece á menudo. Un ciudadano, escudado en los derechos de la constitución política, emite de palabra ó por la prensa manifestaciones desagradables para el círculo que manda. Un oficial recibe de súbito, *orden superior* de aprehenderlo en el acto y fusilarlo sin trámite. El oficial cumple el mandato. Pues bien, opino con toda la fuerza de mi conciencia y de mi lógica, que aquel oficial es un imbecil, que ha manchado su nombre y que ha arrojado baldón sobre la profesión que abraza. No estarán de acuerdo con este concepto los discípulos de un Rosas ó un Melgarejo, pero el criterio sano de un Washington ó un Sucre, es el que debe iluminarnos.

¿Qué móviles han impulsado á la generalidad de los pueblos americanos para permanecer reacios, durante tantos años, á la organización de sus instituciones armadas? A mi entender la culpa ha sido por falta de una virtud, sin la cual el porvenir del continente latino será siempre incierto y siempre tenebroso. Esa virtud es el patriotismo. Desde la independencia á la fecha, las revoluciones han infamado nuestra América. Los partidos se han sucedido uno en pos de otro, sin dejar otra estela que la sangre de las víctimas y el escándalo de las depredaciones. Actualmente gimen en las cárceles de Venezuela gran número de ciudadanos. Colombia y el Paraguay acaban de ser víctimas de sangrienta carnicería. Los hombres de Colombia tienen el temperamento vivo y ardiente del trópico, aquel bello país, con quien la naturaleza es pródiga hasta la saciedad, ha sido cuna de grandes cerebros y enerúgas, pero el patriotismo sólo se ha manifestado en los

versos delicados de sus poetas y en los discursos floridos de sus prosistas. Colombia, rico país, gobernado casi siempre por hombres de talento, tiene hoy, sin embargo, sus finanzas arruinadas, su crédito destruído y su territorio desmembrado. Acaso el patriotismo y el carácter del General Reyes, á quien todo el país ha elevado, sean como don Porfirio en Méjico, promesas de paz y de progreso.

Pudiera decirse que el militar ha sido la causa de la suerte desgraciada de la América? Sostengo que no; sostengo que el elemento militar sano no lo han conocido en muchos pueblos de América, porque no se pueden llamar militares ni al artesano, ni al doctor, que en virtud de un cambio administrativo político, de la noche á la mañana, se plantan las charreteras y la gorra galoncada. Bien conocéis la fábula que dice: "la mona, aunque se vista de seda, mona se queda." He aquí la causa de tantos males; un elemento armado nacido de esta manera, sin ilustración militar, sin preparación para el desempeño de su noble cometido, no puede ser otra cosa que un instrumento ciego del partido que inescrupulosamente lo ha investido. Debemos dar entonces, como verdad, que son los individuos políticos sin buena fé y sin patriotismo, auxiliados por otros menos merecedores, que usando irrespetuosa é inconscientemente los distintivos del militar, han infamado á la América.

Los oficiales chilenos que han salido de su patria con la elevada tarea de mejorar las instituciones armadas de otros países, hallarán seguramente en su labor grandes dificultades, porque asunto árduo es imprimir costumbres buenas á

hombres mal habituados. Los jóvenes y las plantas nuevas pueden educarse, pero los hombres y los árboles, difícil es.

La estabilidad de la vida política de Chile, depende á mi entender, en gran parte, de la cultura de su institución armada, que no toma ingerencia en las discusiones é intereses de los partidos, que conoce perfectamente la órbita de sus deberes y de sus derechos, y sería extraviado imaginar, que pueda prestarse para atentar contra la política, mientras ésta, por su parte, guarde el miramiento y la consideración que la reciprocidad humana exige.

El fenómeno de los golpes de cuartel, tan frecuentes en otras partes de América, tiene su clara explicación: un cambio administrativo amenaza, las más de las veces, la estabilidad del elemento armado existente, quien, comprendiéndolo así, se adelanta á las intenciones del adversario, en interés propio, dando al diablo con todos los programas, con todos los argumentos y palabrerías, de todo un núcleo considerable de individuos. Este fenómeno es razonable, porque las personas, como las colectividades, tienen el derecho de vivir y el derecho de preocuparse de su porvenir. Podría el mal subsanarse creando una institución integrada por elemento esencialmente honorable, dedicado exclusivamente á llenar la misión de trabajo que á los militares verdaderos incumba. Con un personal de esta naturaleza, puede darse como hecho la existencia de seguridad en las instituciones públicas y en las fronteras del país; pero los políticos no deben olvidar, que estos militares llevan honor y espada, y que si es peligroso ejecutar con un individuo

actos injustos ó desconsiderados, con mayor abundamiento lo sería tratándose de una colectividad que representa la fuerza y el valor.

Sólo con un elemento militar sano, que viva bajo auspicios de instituciones libres, puede verse el caso que en Chile observo con placiente admiración, de un orden militar adonde el oficial no prescinde de sus ideas doctrinarias; y así veo que existen en el ejército, católicos y libre pensadores, con el derecho que á todo hombre asiste para sentir y pensar, sin que ello implique una amenaza para el derecho ajeno y para la armonía de camaradas, cuyo norte exclusivo, es la salvaguardia de la nación. La negación de este derecho, somete al oficial, en otras secciones de América, á una esclavitud desdolorosa é insoponible. Conozco muchos casos de oficiales que han sido retirados del ejército, por el cultivo de amistad con personas que no comulgan con los credos del círculo que gobierna, haciéndose por este inocente hecho, sospechosos ó antipáticos á los ojos del partido predominante. Esto tengo para mí que explica: ya que los oficiales no son personas dignas, en quienes no se puede confiar, y entonces se ha procedido con falta de rectitud y buen juicio al tenerlos al servicio de la nación, ó bien, que el objeto velado del partido que domina, es tener hombres armados á su servicio incondicional, para medros personales ó combinaciones atentatorias contra el derecho nacional; en cuyo caso, el oficial constituye un instrumento bajo y una amenaza para la libertad de otros ciudadanos, y debe considerársele como pernicioso y despreciable. Esta es la causa por qué en varios países de Hispano-América las socie-

dades sienten profunda aversión por el elemento armado, el cual, dado el desdorado papel que ordinariamente se le encomienda, está integrado por gentes atrasadas y de baja condición. La responsabilidad directa recae sobre el gobernante que, por falta de altruismo, renuncia al mejoramiento moral y material de su país, para entregarse á sentimientos vulgares y mezquinos, fomentando el desarrollo de una colectividad armada inmoral é ignorante, que no guarda las fronteras nacionales y que es peligrosa para las instituciones de la República. No puede esperarse de los países donde tal sucede, que el elemento armado constituya garantía de los ciudadanos, porque allí existe un trastorno político social, y el ejército, de hecho desvirtuado, marcha empujado por el mismo desquiciamiento nacional. Es entonces natural, y por ende explicable, que se levanten á la primera magistratura de esos países, hombres de audacia y energía, que explotando el fermento político y el desbarajuste militar, se apoyan en el sable y se levantan de pronto, por sí solos, echando por el suelo el orden existente, para dar principio, las más de las veces, á un orden acaso más oscuro aún que el anterior. Como consecuencia, establécese una grito general por todos aquellos cuyas ambiciones quedaron defraudadas en el desorden, apostrofándose á la institución militar con mil epítetos injuriosos y juzgándose en mil consideraciones erróneas. Pero esos pobres enconados de su mala fortuna merecen la disculpa, porque realmente, en sus atrasados países jamás han conocido el orden militar verdadero. Mientras la ambición y no el patriotismo, sea el consultor de los partidos poli-

ticos de América española, el hombre que se apoye en el sable, tendrá siempre el predominio, mal que les pese á los que quieren solucionar el problema político militar, denigrando una institución que no conocen y que es por todos conceptos útil y honorable.

Es necesario dar por sentado, que tanto más separen al elemento armado de su honrosa misión, tanto más se acercan los pueblos al desorden político social. La historia de América está plagada de ejemplos: un día, un partido se sirvió de un indio ignorante, pero valeroso, como elemento hostil contra sus adversarios políticos. Ese indio no sabía leer ni escribir, pero era astuto y dominante: comprendiendo de lo que por sí era capaz, ocurriósele derribar el orden existente para declararse amo y señor. Aquel monstruo, condenó la puerta del progreso, puso infranqueable valla al derecho público y privado, se entregó á toda clase de vicios y desmanes, restableció la colonia, con Marcó del Pont y con San Bruno, hizo de su persona y de su pueblo una caricatura, legisló treinta años, y se llamó, por la gracia de Dios, Rafael Carrera, Capitán General y Director Supremo del Estado de Guatemala. Si aquel mal inspirado partido no hubiese dado el sable á Carrera, la América hubiese contado, sin duda, con un motivo menos de sonrojo. A fé que encuentro muy en armonía con los principios de la civilización, las amenazantes declaraciones del Presidente de los Estados Unidos, de establecer la policía político internacional en las secciones donde tales órdenes han sucedido y suceden.

Los pueblos de Hispano América tienen la urgente necesidad de organizar sus instituciones

armadas, no digamos ya como medio indispensable para garantía de la vida republicana y de la soberanía territorial, sino como elemento de cultura social y popular. El ejército, tal como está hoy constituido en Chile, es una escuela, y ya sabéis que Víctor Hugo dijo, que "la escuela es un santuario y que el alfabeto contiene una virtud debajo de cada letra, que ilumina los corazones."

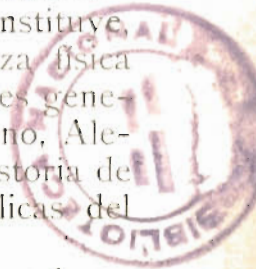
"El ejército, opina un escritor distinguido, como institución popular y social, ejerce mayor influjo en las masas, con el prestigio de su cultura, siendo á la vez fuerza defensora y colectiva y ejemplo moralizador de los sentimientos nacionales." El jurisconsulto señor Mc. Iver, cree que el ejército es para las obras de la paz, más que para las obras de la guerra, y que con inteligente dirección, él contribuye, con más eficacia, al desarrollo de la industria y de la riqueza que la implantación de cualquier sistema llamado proteccionista. El eco de estos conceptos pudieran dar margen en otras secciones á la réplica, de que el elemento armado sólo perjuicios les ha dejado, y entonces, por toda respuesta, les invitaríamos á probar con una institución culta, responsable, que estudie y que enseñe. Es claro, que el ejército sufre metamorfosis, y entonces no es fácil integrarlo con honrados elementos, si se le convierte en cárcel y flagelo de los delitos políticos, en azote y espanto de los ciudadanos, si está representado por un personal cualquiera, irresponsable, que hoy se uniforma y que mañana se desuniforma. Los estudios topográficos y de la geografía, la seguridad de los pueblos y de las ciudades fronterizas, la conveniente dirección de los ciudadanos en caso de un ataque á la soberanía patria,

no pueden ser debidamente solucionados, si se carece de un elemento, profesionalmente ilustrado.

La educación científico militar constituye, además, estímulo poderoso de la fortaleza física y de la fortaleza moral, y estas son virtudes generadoras de pueblos vigorosos; díganlo sino, Alemania y el Japón, y dígalo también la historia de las diminutas, pero inmortales Repúblicas del Africa del Sur.

El General Meckel, exdirector de la educación militar moderna del Japón, determina que "el arte de la guerra se distingue entre todos los otros, esencialmente por exigir en primera línea cualidades muy altas de carácter, como ser: rapidez y vigor para tomar una resolución, firmeza y energía en la ejecución, impassibilidad de espíritu, tanto en los casos de éxito como en los contratiempos y, sobre todo, un carácter inquebrantable, el cual permita tomar sobre sí el gran peso de responsabilidad por la vida de miles de víctimas y la suerte del país, sin quedar abatido ni aun en las situaciones más graves y difíciles. Por lo tanto, el arte de la guerra se ha considerado como uno de los ramos más distinguidos, nobles y honrosos de la actividad humana."

Teodoro Roosevelt, Presidente de los Estados Unidos, que es un carácter y una gran imaginación, el hombre más popular que conoce la historia de la América, un legislador valiente y honorable, digno de su tiempo y de su pueblo, dice: "Es cierto que una nación no es realmente grande en tiempo de paz sino por el trabajo y la honradez. La inteligencia desarrollada para las cuestiones políticas y empresas industriales, el talento del artista y del literato, del sabio y del



hombre de negocios, el principio de no hacer daño á nadie y de reprimir la injusticia, son condiciones necesarias para una gran nación; pero la energía física no es menos necesaria que la energía moral. Se necesita la firme é intrépida entereza que es la única que puede hacer triunfar á un pueblo de un gran peligro y que le impulsa á intentarlo todo y á morir, si llega el caso, por la causa que defiende. De un momento á otro puede presentarse la ocasión en que, como dijo el poeta: el hombre se envilece evitando el peligro. No es preciso que tengamos guerra, para que podamos desarrollar las cualidades militares, y si éstas tienden á desaparecer, gracias á la paz que disfrutamos, pagaremos ésta muy cara, por muchos que sean los beneficios que nos proporcione. Puede suceder que en un porvenir lejano no se haga ya sentir, pero esos tiempos tardarán en llegar. En la actualidad, una nación que no sabe defender sus derechos con las armas en la mano, no puede mantener su categoría, ni desempeñar en el mundo una misión útil. Nelson ha dicho que la escuadra inglesa era el mejor diplomático de Inglaterra, y no se equivocaba. La libertad ordenada que es la base y el coronamiento á la vez de nuestra civilización, no puede ser alcanzada y mantenida sino por hombres dispuestos á combatir por un ideal, que crean firmemente en el honor y en la fidelidad, y que sientan amor profundo á su bandera y á su patria. Debiéramos grabar en nuestros palacios legislativos estas magníficas palabras de Lowell: "¡Salud á la paz! Pero no á la paz que tristemente abatida llora el honor perdido y las vidas sacrificadas, sino á la paz que altiva se presenta ante un pueblo viril."

hombre de negocios, el principio de no hacer daño á nadie y de reprimir la injusticia, son condiciones necesarias para una gran nación; pero la energía física no es menos necesaria que la energía moral. Se necesita la firme é intrépida entereza que es la única que puede hacer triunfar á un pueblo de un gran peligro y que le impulsa á intentarlo todo y á morir, si llega el caso, por la causa que defiende. De un momento á otro puede presentarse la ocasión en que, como dijo el poeta: el hombre se envilece evitando el peligro. No es preciso que tengamos guerra, para que podamos desarrollar las cualidades militares, y si éstas tienden á desaparecer, gracias á la paz que disfrutamos, pagaremos ésta muy cara, por muchos que sean los beneficios que nos proporcione. Puede suceder que en un porvenir lejano no se haga ya sentir, pero esos tiempos tardarán en llegar. En la actualidad, una nación que no sabe defender sus derechos con las armas en la mano, no puede mantener su categoría, ni desempeñar en el mundo una misión útil. Nelson ha dicho que la escuadra inglesa era el mejor diplomático de Inglaterra, y no se equivocaba. La libertad ordenada que es la base y el coronamiento á la vez de nuestra civilización, no puede ser alcanzada y mantenida sino por hombres dispuestos á combatir por un ideal, que crean firmemente en el honor y en la fidelidad, y que sientan amor profundo á su bandera y á su patria. Debíamos grabar en nuestros palacios legislativos estas magníficas palabras de Lowell: “¡Salud á la paz! Pero no á la paz que tristemente abatida llora el honor perdido y las vidas sacrificadas, sino á la paz que altiva se presenta ante un pueblo viril.”

La paz, como la libertad, no establecen por mucho tiempo su morada entre los cobardes ó los que son demasiado débiles para merecer sus favores."

Me preocupan las cuestiones que atañen al porvenir de mi patria centroamericana y de los países de nuestra raza. Este es el móvil por el cual me he permitido molestar vuestra benevolencia, ya que Santiago de Chile es un centro intelectual, adonde se tratan las cuestiones que á otros pueblos hermanos interesa.

¡Amo á Centro América, porque nacida en el corazón del continente, la geografía la regala con risueño porvenir, y es la tierra que vincula en eterno abrazo, á este nuevo mundo que en un tiempo fué de don Fernando y de doña Isabel. ¡Amo á Centro América, porque en sus floridos y cuajados bosques la fiera hirsuta brama y forma contrastado coro con el gorjeo del pajarillo cautivador; porque en sus verdes campiñas el sol dora con incomparable brillo; porque los volcanes se alzan altivos como frondosos senos de la madre tierra; porque la bahía de Corinto y el golfo de Nicoya que produce perlas, nada tienen que envidiar á las risueñas perspectivas de la bahía de Sabaná; porque Dios la regala con ópimos frutos y se siente en torno del panorama, la mano de la creación y el canto de la naturaleza.

¡Amo á Chile, que tendido á lo largo del continente, el Pacífico lo baña y lo alienta con el murmullo incesante de sus aguas, y el Ande omnipotente en indefinida cadena forma la valla que guarnece las riquezas de su suelo. ¡Amo á Chile, porque en sus bosques, nació el araucano altivo, que legó al mundo un poema de heroísmo

que asombra y que cautiva; porque sus poéticas regiones de Valdivia y de Llanquihue tienen el esplendoroso encanto de las regiones de mi patria; porque en sus ciudades se respira el oxígeno de una sana libertad, adonde venimos á beber en las fuentes de sabiduría, los enamorados del saber y de la inteligencia, y adonde llegan en busca de alientos, los oprimidos y los proscritos de la América hispana, sirviéndoles de oasis en sus largas é inútiles jornadas por las arenas quemantes del despotismo. ¡Amo á Chile, porque sus hombres mantienen, como la Francia en el continente viejo, el prestigio de las instituciones y el prestigio de una raza, de la cual se dice que ya declina y que ya desfallece.

Gerardo Guñiga Montúfar

Santiago, 20 de mayo de 1905



